



**Aun en los mejores tiempos de prosperidad económica  
la jaba nunca se dejó echar de menos.  
Se hizo tan indispensable en la vida cotidiana  
que ni el uso cada vez más frecuente de la mochila la pudo desplazar.**

# Mi amiga La jaba

por Miguel SABATER  
fotos: Orlando MÁRQUEZ

COMPRÉ VÍVERES EN LA TIENDA Galerías Paseo. Cuando pagué en la caja no había jaba donde echarlos. El cajero me dijo que él no tenía la culpa. Le respondí que yo menos, y me devolviera el dinero.

De esta anécdota hace ya más de un año. De allá para acá tal vez no haya llovido tanto como sí agudizado este tipo de situación.

La falta de jabas en los establecimientos comerciales ocasiona molestias. El cliente necesita que el establecimiento donde ha adquirido la mercancía le garantice la bolsa en que llevarla. En algunos se ofrece este servicio, pero en otros no siempre, y nada pasa. Lo ideal es que la gente exija su bolsa como el cajero el precio de lo comprado; mas no siempre es así.

**El síndrome de la jaba  
es un hecho cierto.  
Mi mujer lleva  
como cinco o seis  
sintéticas en la cartera,  
y de diversos tamaños.  
Tiene colgando  
en la cocina  
una jaba madre  
marca Caracol,  
dentro de la cual  
va guardando más jabas,  
como esos muñequitos  
rusos de madera  
que tienen réplicas  
cada vez más pequeñas  
dentro de él mismo.**

Si todos dejáramos la mercancía en la caja porque no nos garantizan donde echarla, jamás faltarían las jabas. Pero esto es pedir demasiado a gran parte de los clientes, cuyas necesidades son tantas y de carácter inmediato que hemos desarrollado una suerte de capacidad de resignación en cualquier circunstancia desfavorable; lo cual se manifiesta en este tipo de actitud indiferente cuando se impone reclamar el servicio que merecemos.

Precisamente hace unos días llegué a casa de un amigo y me enseñó un volumen de 182 páginas que se llama *Venturas y desventuras de la corbata*. Se lo habían enviado de España. Obra muy atractiva y bien impresa, con una serie de figuras de corbatas, gentes notables que la han usado y curiosas

anécdotas. Al ver este libro me dije, concho, si las corbatas pudieran hablar no tendrían que decir tantas cosas como las jabas; sin embargo de ellas creo que no se ha escrito nada.

Como en España se publican tantos libros curiosos y diversos, le pasé un mail a un vasco amigo mío: *Necesito saber si en el mundo se ha publicado algún libro o artículo sobre la historia de la jaba o algo así.*

Él me respondió con un relámpago gramatical: *¿Sois idiota o te habéis comido un loco? Siempre andáis tomando la vida para juegos.*

Yo le insistí: *No. Esto va en serio. Por favor tírame un cabo.*

Él respondió al paso de los días: *Lo más próximo a lo que buscáis que pude hallar fue una Breve historia de la maleta. Si te interesa te lo paso.*

Pero nada tiene que ver la maleta con la jaba, aunque tengan funciones parecidas.

La jaba es un cajón acondicionado especialmente para transportar botellas, piezas de loza u otros objetos frágiles, según una de sus definiciones. Este tipo de jaba no es la que nosotros conocemos, pues las de Cuba lo menos que llevan son precisamente esas cosas.

La segunda acepción dice que es una especie de cesta hecha de tejido de junco o yagua. Esta jaba existe, pero hoy a casi nadie en la Capital se le ocurriría llevarla.

La otra acepción habla de una bolsa de tela o plástico que se usa para llevar a mano. Y ya aquí nos vamos acercando al objeto del asunto.

Jaba también se le dice a una mancha oscura con que se nace en la región lumbar. Pero esta jaba sólo le interesa a quienes les obcecan los linajes.

No sé cuándo, la verdad, fueron importadas o hechas las primeras jabas en Cuba. Sería atractivo saber esa historia. En documentos manuscritos de la primera mitad del siglo XIX he leído que ya algunos morenos esclavos o libres usaban un *jabuco de tela de Rusia* para guardar brujería, el cual trasladaban a las dotaciones para ejercer sus creencias. Tal vez esas jabas de junco o yagua de

las que habla el diccionario enciclopédico procedan de nuestros indígenas, y fueron asimiladas por la gente del campo. Son las llamadas jabas típicas cubanas, fabricadas con elementos propios de nuestro entorno natural.

Se supone que durante la época colonial y republicana la jaba adquirió diversos modos de ser, como los sombreros, los zapatos y todo en la vida que tiende a cambiar. Pero habría que estar leyendo años para saber concretamente cómo se produjo esa metamorfosis de la jaba en la sociedad.

Mejor, entonces, me limito a mi experiencia personal. Según ella recuerdo que un día, siendo yo muy joven, advertí que casi todo el mundo que andaba por la calle llevaba una jaba.

Mis primeras experiencias en el tránsito con jabas se remontan a los primeros años de la década de los 70. Yo tomaba un litro de leche diario, pero al cumplir 7 años no me la dieron más por la bodega, y mi madre empezó a ponerse como loca para conseguirla. Lo resolvió con mi padrino

Severo, que tenía un par de vacas en una de las fincas del fondo del Reparto El Modelo. Pero esto no duró mucho tiempo. Entonces mi madre buscó otras vías, y la mejor fue ir al campo, a donde me hacía acompañarla para adquirir viandas y leche.

Mi madre tenía tantas jabas que podía hacer un museo. Siempre que voy a visitarla olvido preguntarle si mandaba a hacer una por semana. En casa las había de todos los tamaños, tipos de tela y colores. Cuando le daba por lavarlas las colgaba en la tendedera

una al lado de la otra, y en lo primero que yo pensaba al verlas era en banderas. Sinceramente las odiaba.

Estuve llevando jabas con mi madre ni sé qué tiempo. En ellas cargué plátanos de todo tipo, yucas, boniatos, calabazas, frijoles, ñames, zanahorias, cebollas, pollos, guanajos, cántaros de leche en guaguas, camiones y trenes, calles, callejones y caminos polvorientos. Yo era muy flaco y perezoso, y algunas de aquellas jabas eran muy despiadadas conmigo, y me hacían ampollas en las manos; sobre todo una de saco de yute en que cabía un elefante, y que mi madre sacaba a la calle con frecuencia. Pensé muchas veces darle un tajazo para sacarla de circulación. Si nunca lo hice fue por temor a que mi madre me descubriera y, en su temeraria iracundia, me convirtiera en una jaba.

Aun en los mejores tiempos de prosperidad económica la jaba nunca se dejó echar de menos. Se hizo tan indispensable en la vida cotidiana que ni el uso cada vez más frecuente



de la mochila la pudo desplazar. Sencillamente se impusieron como férreos organismos en la dura batalla de nuestra subsistencia cotidiana, hasta el punto de que hasta las más modernas mochilas las tienen que llevar. Y no sólo éstas, también las carteras, los portafolios, los maletines, bolsillos de pantalones y sostenes de mujeres las portan en sus más oscuros e insospechados rincones, de modo que a veces resulta asombroso ver cómo la gente la saca con la destreza de un mago para comprar lo que se les atraviese en su camino, sea cual fuere el camino: de su casa al trabajo o del trabajo a su casa, durante un paseo dominical o en el trayecto al hospital. No tienen días ni horas de descanso, las pobres. Para ellas no se inventaron vacaciones. Es que son eso: jabas, y su destino es como el del buey.

Creo que a fue a los 17 años que me quité las jabas de arriba. Quedé tan mentalmente marcado por ellas que desarrollé una jabafobia. Dondequiera que veía a alguien acercarse con una jaba viraba la cara o cruzaba hacia la otra acera, pues tenía la rara sensación de que me la darían para llevarla. Un día me vi flotando dentro de una jaba gigantesca, y desperté con falta de aire.

-Tengo que ir al médico –le dije muy angustiada a un colega–. Sueño que estoy metido dentro de una gran jaba.

-Eso no es una jaba –me dijo el amigo–. Es un globo aéreo. Seguro que te van a dar un viaje.

-Qué globo ni viaje... Es una jaba. Las cargué tanto que ahora creo que se están vengando, y no me dejan tranquilo...

El síndrome de la jaba es un hecho cierto. Mi mujer lleva como cinco o seis sintéticas en la cartera, y de diversos tamaños. Tiene colgando en la cocina una jaba madre marca Caracol, dentro de la cual va guardando más jabas, como esos muñequitos rusos de madera que tienen réplicas cada vez más pequeñas dentro de él mismo.

-Siempre es bueno tener jabas –me dice ella como si estuviera refiriéndose a tener un buen índice de hemoglobina o algo así tan importante para la vida.

Pensándolo bien las jabas se han hecho consustancial a nosotros. Son como una prolongación congénita del brazo, y, al mismo tiempo, un elemento considerable a la hora de hacer la historia de la vida cotidiana en nuestros días. Han invadido de tal modo las calles de la Capital, que ya uno no sabe si son la gente las que llevan las jabas o si son las jabas las que llevan a la gente.

¿Por qué las jabas sintéticas faltan en los establecimientos comerciales?

La mayor parte de las jabas sintéticas que se ofrecen al servicio del público en los establecimientos comerciales se hacen en Cuba, y su costo es barato. Hay jabas para todos, pero no a todos se nos da una jaba. Tampoco hay crisis en su producción.

Al preguntar en diversas tiendas por qué a veces no las hay, algunos empleados se te quedan mirando a todas partes, se sonríen y te dicen ah, yo no sé. Tratando de evadir la respuesta dicen más, y uno advierte que ellos han dejado entrever que sí hay problemas, lo que no se quieren comprometer. Otros te responden claramente:

-El problema está en la distribución.

-¿Cómo en la distribución? –pregunto.

-Sí. Jabas hay, lo que a veces hay problemas con la demora del cheque que la Empresa hace para comprarlas. Entonces, en esa espera, es cuando faltan.

-¿Entonces no es la administración de la tienda la responsable?

-No. Son problemas meramente burocráticos y materiales, porque



hasta a veces está el cheque pero no el transporte para trasladarlas.

Al parecer la tienda nada tiene que ver con la falta de jabas. Ellas esperan a que se las suministren. Y el suministrador es la empresa. En esto coinciden una serie de empleados y gerentes de establecimientos comerciales de diversos lugares de la capital.

Pero este asunto tiene otra cara, pues las jabas faltan en las tiendas pero abundan en la calle, y éstas no son gratuitas: cuestan a dos por peso y hasta a peso. ¿De dónde salen las jabas que se venden en los soportales de La Habana y las inmediaciones de los agromercados? En esta parte hay que contratar a Sherlock Holmes.

Indiscutiblemente la jaba es más seria y trascendental que lo que pensábamos. A muchos nos sirven para llevar lo que la vida nos depara en el camino diario. A otros para llenarse el bolsillo. Es, de cualquier modo, un *objeto de lucha* para nuestra subsistencia. Ω